

El camino al Mictlán: ¿ruta al tormento o al origen?

Mónica Luna López
Escuela Preparatoria Oficial 161

RESUMEN

La muerte es un tema intrigante, una preocupación inmersa en el pensamiento desde el inicio de los tiempos, un proceso cotidiano e irreversible cuyos intentos por evitarlo y trascender se han convertido en una lucha eterna; nos lleva a pensar en quiénes somos y genera angustia ante la finitud, aunque no por el suceso en sí, sino por lo que haya después. La idea de trascender ha creado valores para calmar la incertidumbre y afrontar el final con sitios para el descanso eterno, como el más allá; en la cosmovisión nahua había cuatro, tal vez erróneamente llamados “infiernos”, a donde se iba según la manera de morir: el Chichihualcuahco, el Tlalocan, el Sol y el Mictlán. Aquí me enfoco en el Mictlán para reconstruir los pasos o “inframundos” que debían librarse para llegar al destino final, a fin de mostrar la concepción y características del “inframundo” mesoamericano, y sus diferencias con el “infierno” de la concepción cristiana.

Palabras clave: inframundo, infierno, muerte, cosmovisión, dualidad.

ABSTRACT

Death is an intriguing issue, an immense concern in human thought from the beginning of time, a daily, irreversible and inevitable process of becoming; man's attempts to avoid and transcend it have become a hopelessly eternal struggle. Death leads us to thinking about who we are and creates distress over finiteness, not as an act feared in itself, but for what comes after it. The idea of transcending over time has given man values to calm the uncertainty and to come to grips with the end with places of eternal Rest, The Hereafter, the hope of existence in another place. In the Nahuatl worldview there were four places, perhaps erroneously called “hells,” destinations determined by the way the individual died: Chichihualcuahco, Tlalocan, the Sun, and Mictlan. Here I will address Mictlan to reconstruct the steps or “underworlds” that the deceased had to pass to reach the final destination in order to show the conception and characteristics of the Mesoamerican “underworld,” and to highlight the differences with Christian conceptions of “hell.”

Keywords: underworld, hell, death, worldview, duality.

Los estudios más recientes en torno al tema del Mictlán se deben fundamentalmente a los aportes de Alfredo López Austin, Eduardo Matos Moctezuma y Patrick Johansson. López Austin (1984, 1994) propuso un modelo para entender la cosmovisión de la tradición mesoamericana a partir de los conceptos de vida y muerte y su relación con el tiempo, la materia y la existencia; Matos Moctezuma (1987, 1996, 1997a, 1997b, 1998, 2005) sostiene su trabajo en las dicotomías y en la diosa Tlaltecuhltli, y Johansson (1992, 1993, 1997, 1998, 2000, 2003, 2012) arguye que la muerte es un tema concerniente a los vivos, quienes crean una visión del más allá como necesidad del imaginario del hombre vivo, apoyados en la renovación y el mantenimiento de la vida.

Como todos los estudiosos del tema, me he enfrentado a la misma problemática en cuanto a las fuentes; a pesar de que en poemas y cantos nahuas se alude de modo metafórico a los temas de la vida, la muerte y el lugar de los muertos, no hay mención de los niveles de éste. Sólo existen dos fuentes que describen este camino, y no a detalle —cómo nos gustaría—, aunque gracias a ellas me fue posible plantear determinadas preguntas para una primera fase de investigación. Estas dos fuentes, el *Códice florentino* y el *Códice Vaticano A*, son de origen virreinal. El primero fue redactado por fray Bernardino de Sahagún, quien recopiló la información por medio de informantes indígenas y nos relata con amplitud diversos aspectos sociales y culturales de los indígenas; sin embargo, sólo en un breve apartado describe los niveles hacia el Mictlán. La segunda obra, también conocida como *Códice Ríos* —ya que fue supervisada por fray Pedro de los Ríos—, presenta aspectos relacionados con la cosmogonía indígena, y en sus primeras láminas muestra una representación vertical de los niveles cósmicos del cielo, la Tierra y el inframundo.

El objetivo principal de este artículo es presentar algunas características del Mictlán, a fin de averiguar si el camino a esa región era en realidad una ruta hacia tormento o al propio origen. Para esto comenzaré por abordar el tema de la muerte, al rescatar en primera estancia su concepto. Me parece fundamental retomar tres acepciones que nos ofrece la Real Academia Española: la primera corresponde a la “cesación o término de la vida”; la segunda, acorde con el “pensamiento tradicional”, corresponde a “la separación del cuerpo y el alma”; por último, en la quinta acepción se menciona la “figura del esqueleto humano, a menudo provista de una guadaña” (RAE, 2016). Básicamente esta última definición es como hoy en día se nos muestra el símbolo universal de la muerte.

La muerte es un tema cotidiano: a diario hay noticias de muertos aquí y allá en notas periodísticas que nos invitan a reflexionar acerca de quiénes somos y qué he-

mos hecho con nuestra vida, al generar una preocupación sobre nuestra propia existencia y si el momento de nuestra muerte se encuentra próximo. Más allá del miedo a la muerte como tal, tememos que nadie advierta nuestra ausencia y desaparezcamos sin dejar rastro, por lo que la auténtica preocupación se centra en la idea de la trascendencia: si es que dejaremos un legado y si iremos a algún otro lugar después de fallecer.

Esta idea de trascendencia a lo largo del tiempo ha dotado al ser humano de diversos valores que lo ayudan a calmar su preocupación y afrontar su final. Para trascender, hemos creado lugares de descanso eterno reconocidos como el “más allá”, lo cual implica no dar por hecho el término de la vida, sino crear una nueva esperanza de existencia en otro sitio. Todas las religiones antiguas del mundo han reflejado esta forma de pensar, y el México prehispánico no queda fuera de esta tradición. Un caso particular es la cosmovisión de los antiguos nahuas, que les permitió amenizar esta lucha contra la muerte y la trascendencia.

Cosmovisión mesoamericana cíclica y dualista

Antes de adentrarnos en el tema de la muerte durante la época prehispánica resulta fundamental entender la importancia de la cosmovisión mesoamericana. En aquel periodo se tenía una creencia peculiar acerca del cosmos, en cuanto a que la vida en el universo transcurría de manera cíclica, fuertemente apoyada en los preceptos de la dualidad.

A partir de la definición de cosmovisión, López Austin explica que la cosmovisión es un

[...] conjunto estructurado de sistemas ideológicos que emana de los diversos campos de acción social y que vuelve a ellos dando razón de principios, técnicas y valores. Su racionalidad se enriquece al operar en los distintos campos de acción social. Como la cosmovisión se construye en todas las prácticas cotidianas, la lógica de estas prácticas se traslada a la cosmovisión, la impregna [López, 1994: 6].

Es decir, la ideología mesoamericana debía operar e influir en todos los aspectos sociales, culturales, políticos y económicos; ante esto se entendería que la religión mesoamericana se pudiera haber basado en creencias y prácticas de una sociedad agrícola, como la de los antiguos nahuas.

Ahora bien, en el pensamiento mesoamericano existía una concepción cíclica y dualista del universo. Al respecto, Johansson (2000: 150) escribe que “para la cultura náhuatl la cual considera que el movimiento (*ollin*) es vida, la entropía o pérdida de energía presenta un peligro mortal. Se preveía por lo tanto una regeneración periódica de todo lo existente”. Así, la vida existente en el universo, ya fuera animal, vegetal, mineral, humana o incluso el tiempo se regían por determinados periodos que se encontraban en constante renovación.

Además, la cosmovisión mesoamericana se sustentaba en una serie de dicotomías expresadas en pares de opuestos, cada uno tan indispensable como complementario para el otro. Ejemplos de estas dicotomías serían “hombre-mujer”, “frío-calor”, “noche-día”, “vida-muerte” e “inframundo-cielo”, por mencionar algunos (López, 1998: 9). Otra dicotomía fundamental para definir la cuestión sobre el camino al Mictlán es la de “vida-muerte”, ya que la segunda es necesaria porque renueva y mantiene a la primera. A la vez, estas dicotomías se relacionan entre sí, ya que en la división del cosmos el ser humano se vinculaba con el calor, la luz, el día, el cielo y la vida, a diferencia de la mujer, quien lo hacía con el frío, la oscuridad, la noche, el inframundo y la muerte: características que describen al propio Mictlán y que más adelante se retomarán.

Los imaginarios mesoamericanos después de la muerte

Para los antiguos nahuas, la muerte significaba la desagregación y dispersión de los componentes del ser humano. López Luján (1996) menciona que el hombre se conformaba de materia pesada en su cuerpo y, alojadas dentro de él, en determinados órganos vitales existían entidades anímicas invisibles y ligeras, y que a la vez esas entidades y órganos correspondían a niveles cósmicos. La primera entidad anímica, el *teyolia*, contenía la esencia humana, la vida misma, el pensamiento y el parentesco; ésta se alojaba en el corazón, relacionada con el nivel cósmico de la Tierra, si bien al morir la esencia del hombre se dirigía a la región de los muertos. La segunda era el *tonalli*, que contenía la individualidad y el destino personal, se alojaba en la cabeza y, al morir el hombre, se dirigía al Sol, ya que los antiguos nahuas creían que el *tonalli* era tomado de allí, por lo que se relacionaba con el nivel cósmico del cielo. La tercera era el *ihiyotl*, considerado como el motor de las pasiones; se alojaba en el hígado y se relacionaba con el inframundo, aunque no era precisamente la entidad que viajaba a esa región.

Sustentados en la idea de la trascendencia, los antiguos nahuas crearon cuatro imaginarios a los que se dirigirían al finalizar su vida; estos lugares eran destinados según la calidad de muerte, es decir, con base en la manera de morir: el Chichihualcuahco, el Tlalocan, el Tonatiuh Ilhicatl y el Mictlán.

Al Chichihualcuahco iban los nonatos. Esta región se conformaba por un gran árbol-nodriz que alimentaba a los infantes hasta que se les presentara una segunda oportunidad de vida. El Tlalocan era el llamado “paraíso terrenal” o paraíso acuático donde residía el dios Tláloc; a esta región iban los muertos fallecidos por alguna cuestión relacionada con el agua. Al Tonatiuhichan o Sol sólo podían ir los guerreros muertos en batalla, comerciantes fallecidos en expediciones, los sacrificados para el dios del Sol y las mujeres muertas en parto. Por último, al Mictlán estaban destinados los difuntos por muerte común.

El Mictlán y sus características

El Mictlán es generalizado como “lugar de los muertos”, cuya etimología corresponde a los vocablos nahuas *-micca*, “muerto”, y *-tlan*, “lugar de” (León, 1901: 53). Las fuentes lo presentan como un lugar oscuro, peligroso y desconocido. Existen otros nombres para denominar a esta región: “Nuestra casa definitiva”, “El lugar común a donde iremos a destruirnos, a perdernos”, “El lugar al que todos vamos”, “A donde todos van”, “El lugar de los descarnados”, “Lugar de los dañados”, “Casa de la oscuridad”, “Casa de la noche”, “Lugar sin chimenea, lugar sin casas” y “Lugar sin orificio para el humo” (De la Garza, 2015: 26-27); nombres con los que se pueden reafirmar algunas características del sitio (lámina 1 del *Códice Vaticano A*).

El Mictlán se identificó con el número 9 debido a la relación que existe con el número de niveles que debían recorrerse para llegar hasta él; se relacionaba con la putrefacción, lo fétido, lo frío, lo húmedo, lo acuoso, la oscuridad y la noche. Algunos animales que moraban allí y asistían a los dioses Mictlantecuhtli y su consorte Míctecacíhuatl eran los búhos, murciélagos, gusanos y ciempiés (López, 1997: 29). Geográficamente se le ubicaba en el Norte, pero también en el centro y debajo de la Tierra.¹

¹ Durán (1981) menciona que el Mictlán se encuentra en el Norte; Sigüenza (De la Garza, 2015: 34), Clavijero (1991) y Orozco y Berra (1978) lo ubican debajo de la Tierra, en el centro. Por otra parte, Soustelle (1983), Vicente Mendoza (1962) y Matos Moctezuma (1987) arguyen que se ubica al norte y en el centro, debajo de la Tierra.

Existía una relación íntima entre la muerte y la Tierra, porque se concebía a esta última como un ser que devoraba carne.² En las representaciones iconográficas se le muestra como una cueva con boca, como monstruo con características de saurio y como una vagina dentada; esta última representación la dota de carácter femenino en el cosmos.

Los antiguos nahuas creían que el ser humano tenía un vínculo con la Tierra y la región de la muerte, pues los dioses del inframundo lo reclamaban como propio, se-dientos de su cuerpo, de la misma manera en que el hombre dependía de los productos terrestres —es decir, de los alimentos que consumía— (López, 1996: 359). Por lo tanto, había una deuda por parte del ser humano con la Tierra, la cual debía saldarse con la misma muerte, para dar funcionamiento a la idea cíclica del universo.

Los niveles del inframundo

Para retomar la información de los códices *Florentino* y *Vaticano A*, que son los que mencionan como tales los niveles verticales para llegar al Mictlán, en el cuadro 1 hago una comparación de los inframundos.

Aunque varios de los niveles que muestran estas fuentes no coinciden o se presentan en un orden distinto, los nombres arrojan información que puede emplearse para completar las características e integrarlas en una visión general de lo que existe en el Mictlán.

Como primera diferencia entre las fuentes se debe mencionar el número de niveles que muestra cada códice: el *Florentino* muestra ocho niveles, a diferencia del *Vaticano A*, que presenta nueve. Ahora bien, en comparación con los nombres de cada nivel, cabe destacar que sólo coinciden cuatro de ellos con tipologías similares, mientras que los otros se encuentran ausentes. Así, para el primer nivel el *Códice Vaticano A* muestra a la Tierra, mientras que el *Florentino* no hace mención alguna —de hecho no existe este nivel—. En cuanto al río, el *Vaticano A* lo presenta como “Pasadero de agua” en el segundo nivel, y el *Florentino* lo coloca en el octavo nivel como “Río Chiconahuapan”. Otra descripción de nivel coincidente son los “Cerros que chocan”, que en el *Florentino* literalmente se presenta así, en un segundo nivel; en cambio, en el *Vaticano A* se muestra en el tercer nivel, como “Montañas que se juntan”. Para el nivel que hace referencia a un “Viento de obsidianas”, el *Vaticano A* lo presenta en el quinto

² Deidad telúrica conocida como Tlaltecuhli.

Cuadro 1. Los niveles del inframundo. Comparación de los inframundos mesoamericanos

NIVEL	CÓDICE FLORENTINO	CÓDICE VATICANO A
1	No hay	La tierra (Tlaltecuhli)
2	Dos cerros que chocan	Pasadero de agua (río)
3	Culebra que aguarda el camino	Montañas que se juntan
4	Lugar de la lagartija verde	Montaña de obsidiana
5	Ocho páramos	Lugar donde sopla el viento de obsidiana
6	Ocho collados	Lugar donde tremolan las banderas
7	Viento frío de navajas	Lugar donde se flecha la gente
8	Río Chiconahuapan (ayuda de perro)	Lugar donde son comidos los corazones
9	Mictlán	Lugar sin orificio para el humo

nivel como “Lugar donde sopla el viento de obsidiana”, mientras que el *Florentino* lo muestra en el séptimo como “Viento frío de navajas”. La última coincidencia entre las fuentes corresponde al noveno nivel, el lugar de los muertos, donde moran los dioses Mictlantecuhtli y Mictecacíhuatl: mientras que el *Florentino* lo muestra como Mictlán, el *Vaticano A* lo presenta como “Lugar sin orificio para el humo”.

Los niveles que no coinciden en estas fuentes son “Culebra que aguarda el camino”, “Lugar de la lagartija verde”, “Ocho páramos” y “Ocho collados”, mostrados en el *Códice florentino*, en tanto que el *Vaticano A* presenta “Montañas de obsidiana”, “Lugar donde tremolan las banderas”, “Lugar donde se flecha la gente” y “Lugar donde son comidos los corazones”.

La interpretación de los niveles del inframundo

Como parte de mi proyecto terminal de Difusión de la Historia en la licenciatura (Luna, 2015), realicé una breve investigación historiográfica e iconológica que me permitió reflexionar acerca de las características que tenían cada uno de los niveles del inframundo. Con la ayuda del ilustrador Farid Ramírez Jasso, llevamos una serie de bocetos sobre los niveles del inframundo, con base en los niveles mencionados por el *Códice Vaticano A*. Debo recalcar que el ilustrador logró plasmar de manera exitosa las ideas que le planté y, a pesar de que los diseños sólo fueron realizados en escala de grises, presentan una aproximación más realista de las imágenes retomadas de los códices para decorar cada nivel.

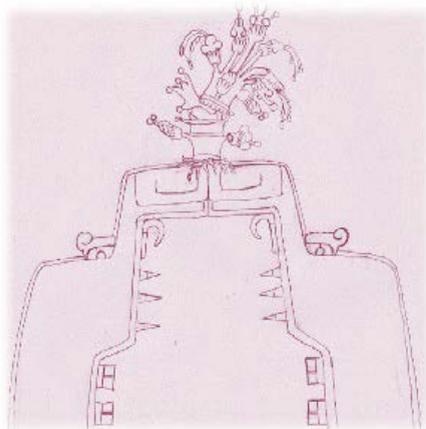


Figura 1 La Tierra. **Ilustración** Farid Ramírez Jasso.

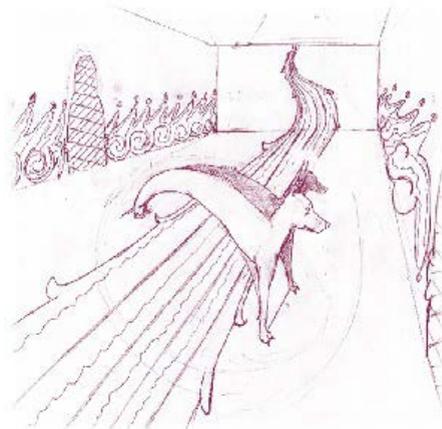


Figura 2 Pasadero de agua. **Ilustración** Farid Ramírez Jasso.

Además de describir algunas de las características retomadas para realizar los bocetos de los niveles o caminos al Mictlán, así como de realizar una breve interpretación de lo que podría suceder en ese sitio, se proponen aquí ciertas ideas que permiten dilucidar que el camino al Mictlán era un camino al origen. Cabe destacar que la información mostrada para ciertos niveles es una mera interpretación, a partir de algunos puntos peculiares de la cosmovisión mesoamericana, pues no hay que perder de vista la inexistencia, hasta ahora, de fuentes que los detallen.

Recordemos que el *Códice Vaticano A* muestra como primer nivel a la Tierra. En la figura 1 se observa una cueva dentada que funciona como acceso al inframundo, pues en la cosmovisión mesoamericana se tenía la creencia de que las cuevas eran entradas que conectaban con esa región. En el marco de la entrada hay colmillos y muelas, en tanto que las decoraciones laterales corresponden a ojos: características que la definen como monstruo de la Tierra y devoradora de carne, una idea presentada por Matos Moctezuma (2010: 137).

En la parte superior de la cueva se ve un “árbol truncado”: el Tamoanchan, correspondiente al lugar de la creación total de lo existente, un lugar de creación continua que representa el acto sexual mismo; es decir, la manera en que el árbol cósmico funciona como eje del universo, relacionado por una parte con el monstruo de la Tierra y, por otra, con el camino entre la morada de los dioses, de los hombres y con el mundo de los muertos (López, 2000: 91).

Justo esta idea muestra el carácter dualista de la cosmovisión mesoamericana, al recalcar la dicotomía de “vida-muerte” con la que he insistido desde la introducción

al tema. Bajo el sustento del planteamiento de Matos Moctezuma (2010: 137), quien enfatiza el papel de Tlaltecuhltli como devoradora-partidora, se centra el papel de la Tierra en un cambio de forma que permite al hombre muerto llegar al lugar de destino mediante el proceso de ser devorado por ella, en este caso al Mictlán. Asimismo, el autor contextualiza el número de niveles del camino al Mictlán con el carácter femenino de la Tierra, distinguiéndola como una matriz, pues menciona que los nueve niveles corresponden a los nueve meses en que la menstruación se detiene para crear la vida; así, en el momento que el hombre muere, éste debe regresar por esos niveles, pasando por el camino inverso del que le dio vida (Matos, 2010: 138).

Otra característica que fundamenta el camino al Mictlán como ruta al origen se presenta en el segundo nivel, el “Pasadero de agua”. Bajo el planteamiento de López Austin (1994: 161), dentro de los dominios de lo húmedo, frío y acuoso se alojaban los “mantenimientos” que producían el crecimiento y la reproducción tanto de hombres como de animales, plantas y riquezas. Uno de los principales mantenimientos era el agua, de suma estima para las sociedades agrícolas como la nahua, pues se le consideraba fertilizadora de la Tierra.

En la figura 2 se observa un río con un puente en forma de perro xoloitzcuintle, en alusión a la creencia nahua de que el río se cruzaba con la ayuda de estos animales. Tal creencia puede basarse en la leyenda del viaje de Quetzalcóatl al inframundo, ayudado por su nahual o doble Xólotl, dios del atardecer, el cual tenía características de perro y quien además acompañaba al Sol en su recorrido por el inframundo. De ahí la idea de la réplica de esta leyenda.

El tercer nivel, “Montañas que se juntan”, se puede interpretar siguiendo las importantes dicotomías mesoamericanas: una de las montañas representaría la vida y la otra, la muerte, y la acción de que choquen o se junten alude a la reflexión que el hombre muerto debía hacer acerca de su nueva condición de “muerte” y aceptarla, a fin de seguir avanzando hacia los siguientes niveles del camino al Mictlán, donde actuaban para descomponer el cuerpo.

Por otro lado, Matos Moctezuma (1987: 29) argumenta que una montaña representa el “cerro de los mantenimientos” —Tonacatépetl— del dios Tláloc, y el otro el Coatepec de Huitzilopochtli, el primero correspondiente a la fertilidad y la vida, y el segundo a la guerra y al simbolismo de la muerte. El autor indica que el Templo Mayor representa esos dos cerros sagrados: los altares que se encuentran allí son montañas que deben cruzarse para emprender el viaje al inframundo. Por eso en la figura 3 se presentan esos cerros, en alusión a los ciclos de la agricultura —uno a la fertilidad y otro a la sequía—, con base en las dicotomías mesoamericanas.



Figura 3 Montañas que se juntan. **Ilustración** Farid Ramírez Jasso.

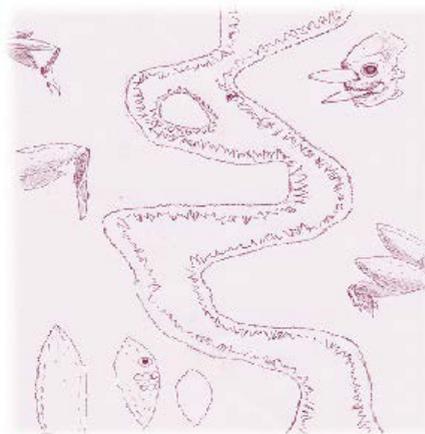


Figura 4 Montaña de obsidiana y Lugar donde sopla el viento de obsidiana. **Ilustración** Farid Ramírez Jasso.

El cuarto y quinto niveles, “Montaña de obsidiana” y “Lugar donde sopla el viento de obsidiana”, se sintetizan en la figura 4, con base en la interpretación de que los niveles del inframundo son pasos por los cuales el cuerpo humano se descompone; la imagen muestra un camino decorado con navajas de obsidiana, las cuales hacían cortes en el muerto para desprenderlo de la carne, la cual ya no necesitaría más, pues sólo era un vehículo animado por las tres entidades anímicas que se alojaban en el cuerpo: el *tonalli*, alojado en la cabeza; el *ihiyotl*, en el hígado, y el *teyolia*, en el corazón.

Cabe destacar la importancia de la obsidiana para los mesoamericanos, pues se trata de una roca volcánica con la que se elaboraban cuchillos y ornamentos. En la iconografía de la época el cuchillo de obsidiana se vinculaba con la muerte, y observamos que entre los atributos del dios Mictlantecuhtli éste porta uno, en sustitución de la nariz; asimismo, en imágenes de códices hay sacerdotes practicando un corte en el pecho para sacar el corazón de los sacrificados.³

El sexto nivel, “Lugar donde tremolan las banderas”, se describe como un sitio en el que la gente se volteaba y “tremolaba como bandera”, lo cual se interpretaría como una metáfora de que el difunto, al volverse, se desprendía de los valores, las costumbres y las experiencias aprendidos en vida, de modo que su entidad anímica del *teyolia* llegara al Mictlán. En la figura 5 se exponen banderines y cuerpos demasiado flexibles, con lo que se alude a la idea de que las pieles ya fueron arrancadas de los cuerpos.

³ Un ejemplo de estas escenas lo observamos en la foja 8 del *Códice Laud*.

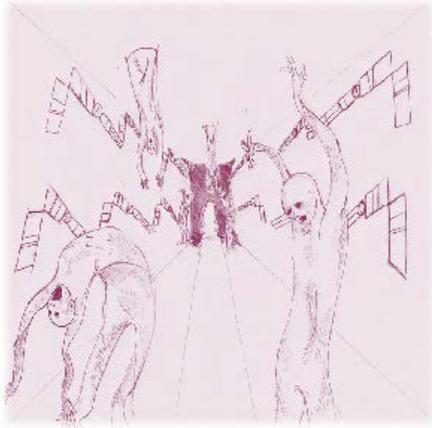


Figura 5 Lugar donde tremolan las banderas. **Ilustración** Farid Ramírez Jasso.



Figura 6 Lugar donde se flecha la gente. **Ilustración** Farid Ramírez Jasso.

El séptimo nivel, “Lugar donde se flecha la gente”, era una región a la que llegaban las flechas perdidas en la guerra para obstruir el paso de los difuntos. En la figura 6 se presentan, desde una vista lateral, hombres que se van debilitando por la intensidad de una lluvia de flechas como obstáculo. Sin embargo, esta idea de obstáculo resultaría contradictoria con el planteamiento inicial del regreso al lugar de origen explicado para los primeros niveles. Si el hombre quiere aplazar su existencia en otro lugar después de morir, entonces ¿por qué habrían de existir obstáculos que impidan su trascendencia durante el camino al Mictlán? Con base en el planteamiento de Matos Moctezuma, esta ruta es un retorno al útero de la Tierra, el lugar donde nacieron los hombres. No obstante, como sabemos, las fuentes que nos presentan el camino al Mictlán son de origen colonial, y resulta evidente la influencia de ideas religiosas españolas; acaso por eso este sitio se presente como un obstáculo o como un lugar de tortura, equiparado con el infierno cristiano.

En el octavo nivel, “Lugar donde son comidos los corazones”, existía un enorme jaguar que devoraba los corazones de los muertos. En primer lugar hay que rescatar el significado de ese animal para los nahuas, considerado como el señor de los animales —de la misma manera que los gobernantes de los hombres—, por lo que está asociado con el poder; por otra parte, debido a su valentía y orgullo se le ligaba con los guerreros; por último, representaba al nagual de Tezcatlipoca, patrono de la realeza e inventor de los sacrificios humanos (Saunders, 2005: 35), relacionado con los números vinculados con la noche y la Tierra (Johansson, 1993: 186). No hay que olvi-

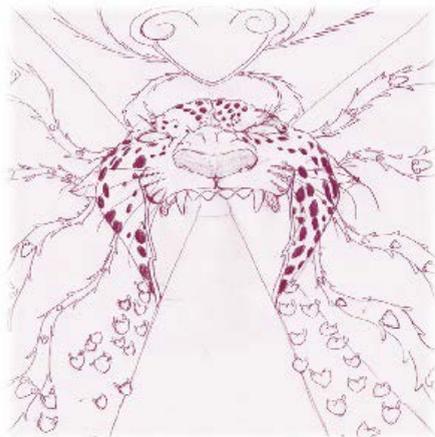


Figura 7 Lugar donde son comidos los corazones. **Ilustración** Farid Ramírez Jasso.



Figura 8 Lugar sin orificio para el humo. **Ilustración** Farid Ramírez Jasso.

dar que el jaguar, de acuerdo con las dicotomías de la cosmovisión mesoamericana, se relacionaba con las categorías que representaban lo femenino; por lo tanto, la Tierra misma (López, 2010: 29).

En la figura 7 se muestran las fauces abiertas de este animal, representando a la Tierra que devora; se aprecian una serie de corazones dirigidos hacia la boca del jaguar, con la idea de que son comidos por él. Para retornar a la idea de la verticalidad de los niveles del inframundo como camino al Mictlán, este nivel funcionaría como el último donde el cuerpo se descompone y separa de la entidad anímica del *teyolia*, la cual sería depositada más tarde en el Mictlán, a la espera de ser utilizada para otra existencia, bajo la idea del reciclamiento de la fuerza (López, 1994: 222).

Por último, en el noveno nivel, “Lugar sin orificio para el humo”, el difunto terminaba su camino: después de cuatro años llegaba a la región habitada por los dioses Mictlantecuhtli y Mictecacíhuatl, donde se resguardan los huesos primigenios y se alimentan de la podredumbre.

En la figura 8 se presenta una escalinata que conduce hacia el altar de los dioses de la muerte. En la parte inferior del recinto se muestra un lago de breña con fracciones de huesos humanos, para representar los miasmas característicos de la región de los muertos. Hay una escalera con ocho tramos que aluden a los ocho niveles que anteceden al Mictlán: los escalones se encuentran decorados con bandas cruzadas, chorros de sangre, corazones, cráneos e insectos. Los laterales de la escalinata están enmarcados por costillas que la enlazan con su parte inferior. El recinto se halla deco-

rado con dos cabezas de ofidios. En la parte central se colocó, a la izquierda, a Mictlantecuhtli, y a la derecha, a Mictecacihuatl. Arriba de los dioses se presentan búhos y murciélagos, animales que funcionan como sus mensajeros. La parte superior está decorada con una banda dentada, en referencia a las fauces de la Tierra, y con otra banda con corazones, para mostrar que son depositados allí.

Conclusión

La idea principal de este artículo consistía en determinar si el camino al Mictlán era una ruta al tormento o al origen. Tras analizar sus niveles, definimos ciertos argumentos con los que podemos demostrar que se trata de un camino al origen. En primer lugar hay que atender la relación que existe con “la Tierra”, la cual se presenta como una cueva que funciona como entrada al inframundo y como vagina dentada que la dota de características femeninas, ya que sus dientes definen su carácter devorador de cuerpos.

Recordemos que Matos Moctezuma (1987: 31) enfatiza el papel de Tlaltecuhli como devoradora-partidora, y define a la Tierra como la matriz; relaciona los niveles del camino al Mictlán con los nueve meses en que la menstruación se detiene para crear la vida, por lo que considera que la ruta hacia aquél es el retroceso a esa matriz que le dio vida.

Por su parte, Johansson (2012: 50) nos dice que el vientre de una mujer embarazada es el Mictlán, así como este lugar es un espacio-tiempo con carácter regenerativo, concepto que se refleja en las tumbas mesoamericanas.

López Austin (1994: 222) menciona que en el Mictlán se pagan las faltas y pecados, pero también la deuda por existir, y más que propiciar la desaparición del ser, existe un reciclamiento de su fuerza, dada la idea de conservación de la esencia humana del “corazón” para reutilizarse luego de la limpieza. El autor argumenta que la muerte es el inicio de la separación de los componentes mundanos, y en el Mictlán el hombre se libera de sus últimas adherencias para que la esencia del *teyolia* retorne al estado puro de “semilla” en el piso más profundo de esa región. Por otro lado, el Mictlán está íntimamente vinculado con el Tamoanchan, que funciona como uno de los centros del cosmos, en vista de que la raíz del árbol florido que lo representa se hunde para formar el mundo de los muertos (López, 1994: 229).

Así, ante estos planteamientos podemos decir que el camino al Mictlán es un retorno al origen y que la idea del lugar de tormento es generada por la tergiversación de los conceptos indígenas por parte de los españoles, ocasionado por la conquista mi-

litar y espiritual. Sabemos que la intención de éstos al conquistar América, además de extender sus dominios territoriales, era combatir la “herejía” en las nuevas tierras.

Cuando españoles e indígenas se encontraron en el Nuevo Mundo, se enfrentaron a cierta confusión ante lo que observaban. Georges Baudot (1996: 43) explica esta idea al relacionarla con la alteridad, y plantea el término de “monstruosidad”, que hace referencia a la “otredad, lo invisible, lo insospechado e inefable”; es decir, el término “monstruosidad” es usado para representar objetos e ideas para los cuales no existían palabras, representaciones ni figuraciones. Por lo tanto, en el proceso de asimilar lo “extraño” que observaban ambos grupos —es decir, lo desconocido e inusual para su cultura— se tendió a comprender y relacionar eso “extraño” con representaciones familiares que sí se conocían en su cultura. Algunas de las características que los europeos consideraban monstruosas eran la organización social, el ritual religioso, así como la forma de comportamiento y comunicación con las divinidades. Ante esto, Baudot (1996: 49) considera que se transformaba a los indígenas en monstruos para así implantar una relación de explotación y dependencia hacia los españoles.

Muchas de las divinidades que los indígenas adoraban fueron relacionadas por los españoles con demonios; lo mismo ocurrió con el Mictlán, pues lo equiparaban con el infierno cristiano —tergiversando así su sentido original— y un lugar de sufrimiento y tortura. Recordemos que en el pensamiento religioso católico el infierno es el lugar al que los fieles que cometen pecados van a pagar la deuda —por así decirlo— contraída al nacer y vivir. Por otro lado, se destaca el papel que juega la moral, porque las malas decisiones y acciones tomadas por el hombre en vida se pagan en esta región después de la muerte.

Sin embargo, a diferencia del inframundo mesoamericano, el Mictlán era un lugar al que se iba tras una muerte común, y simplemente era el retorno al lugar de origen: más que pagar una deuda por los pecados cometidos en vida, el ser humano saldaba una deuda porque consumía de la Tierra y, en reciprocidad, la Tierra misma debía alimentarse de él.

Bibliografía

- BAUDOT, Georges, *México y los albores del discurso colonial*, México, Patria/Nueva Imagen, 1996.
- CLAVIJERO, Francisco Javier, *Historia antigua de México*, México, Porrúa, 1991.
- DURÁN, fray Diego, *Historia de las Indias de la Nueva España e islas de tierra firme*, México, FCE, 1981.
- GARZA GÁLVEZ, Ignacio de la, “El Mictlán entre los mexicas”, tesis de licenciatura (s. p.), México, UNAM, 2015.
- JOHANSSON, Patrick, “La muerte en la cosmovisión náhuatl prehispánica. Consideraciones heurísticas y epistemológicas”, *Estudios de Cultura Náhuatl*, vol. 43, 2012.

- _____, “La muerte en Mesoamérica”, *Arqueología Mexicana*, núm. 60, 2003.
- _____, “Escatología y muerte en el mundo náhuatl precolombino”, *Estudios de Cultura Náhuatl*, vol. 31, 2000.
- _____, *Ritos mortuorios nahuas precolombinos*, Puebla, Secretaría de Cultura del Gobierno de Puebla (Portal Poblano), 1998.
- _____, “La fecundación del hombre en el Mictlán y el origen de la vida breve”, *Estudios de Cultura Náhuatl*, vol. 27, 1997, pp. 69-88.
- _____, “Tezcatlipoca o Quetzalcóatl: una disyuntiva mítico-existencial precolombina”, *Estudios de Cultura Náhuatl*, vol. 23, 1993.
- _____, *Festivos, ritos y rituales precolombinos*, México, Conaculta, 1992.
- LEÓN, N., *Lyobaá o Mictlán*, México, Delegación Mexicana, 1901.
- LÓPEZ AUSTIN, Alfredo, “La sexualidad en la tradición mesoamericana”, *Arqueología Mexicana*, vol. XVIII, núm. 104, 2010.
- _____, “El árbol cósmico en la tradición mesoamericana”, *Monografías del Jardín Botánico de Córdoba*, México, UNAM, 2000.
- _____, “La parte femenina del cosmos”, *Arqueología Mexicana*, núm. 29, 1998.
- _____, *Tamoanchan y Tlalocan*, México, FCE, 1994.
- _____, *Cuerpo humano e ideología. Concepciones de los antiguos nahuas*, México, UNAM, 1984.
- _____, “Los caminos de los muertos”, *Estudios de Cultura Náhuatl*, vol. 2, 1960.
- LÓPEZ LUJÁN, Leonardo y Vida MERCADO, “Las esculturas de Mictlantecuhtli de la Casa de las Águilas”, en *Camino de Mictlán...*, México, INAH, 1997, pp. 8-38.
- LUNA LÓPEZ, Mónica, “Todos los caminos llevan a la muerte... te presento uno: el Mictlán”, tesis (s. p.), México, Área Terminal de Difusión de la Historia-UAM-I, 2015.
- MATOS MOCTEZUMA, Eduardo, *La muerte entre los mexicas*, México, Tusquets, 2010.
- _____, *Vida, pasión y muerte en Tenochtitlán*, México, FCE, 2005.
- _____, *Vida y muerte en el Templo Mayor*, México, FCE, 1998.
- _____, *Camino al Mictlán*, México, INAH/Asociación de Amigos del Templo Mayor, 1997a.
- _____, “Tlaltecuctli. Señor de la Tierra”, *Estudios de Cultura Náhuatl*, vol. 27, 1997b.
- _____, *Muerte a filo de obsidiana*, México, FCE, 1996.
- _____, *El rostro de la muerte en el México prehispánico*, México, GV, 1987.
- MENDOZA, Vicente, “El plano o mundo inferior. Mictlán, Xibalba, Nith y Hel”, *Estudios de Cultura Náhuatl*, vol. 3, 1962.
- OROZCO Y BERRA, Manuel, *Historia antigua de la conquista de México*, México, Porrúa, 1978.
- REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, “Muerte”, en *Diccionario de la lengua española*, Madrid, RAE, 2016, recuperado de: <http://dle.rae.es/?id=Q0MaZUb>.
- SAUNDERS, J., “El icono felino en México. Fauces, garras y uñas”, *Arqueología Mexicana*, vol. XII, núm. 72, 2005.
- SOUSTELLE, Jacques, *El universo de los aztecas*, México, FCE/CREA, 1983.